

sucitan inesperadamente y brillan todavía por algunos momentos bajo el último rayo de sol.

Después no se descubren más que dos cimas resplandecientes sobre la ribera asiática: la altura del monte Bulgurlú y la punta del cabo que mira á la entrada de la Propóntide; son primero dos coronas de oro, dos birretes de púrpura; después, dos rubíes; luego, toda Constantinopla queda en la sombra, y diez mil voces anuncian el crepúsculo desde lo alto de diez mil alminares.

## LOS PÁJAROS.

Constantinopla tiene una especialidad y una gracia suya propia, que le viene de una infinidad de pájaros de toda especie, por los cuales los turcos muestran vivo sentimiento de respeto y simpatía. Mezquitas, bosques, murallas antiguas, jardines, palacios, todo canta, todo gorjea, todo parlanchinea, todo pía; por todas partes se percibe rozar de alas, en todo hay vida y armonía.

Los pájaros entran resueltamente en las casas y comen en las manos de los niños ó de las mujeres; las golondrinas hacen el nido sobre la puerta de los cafés y bajo las bóvedas de los bazares; los pichones, en bandas innumerables, mantenidos con las sobras del Sultán y de sus privados, forman guirnaldas blancas y negras á lo largo de las cornisas de las cúpulas y alrededor de las terrazas de los minaretes; las gaviotas vuelan alegremente en torno de la comida, y millares de tórtolas se enamoran entre los cipreses de los cementerios.

En torno al castillo de las Siete Torres, cruzan los cuervos y giran los espantosos buitres; los alciones van y vienen en largas filas entre el mar Negro y el mar de Mármara, y las cigüeñas revolotean sobre las cúpulas de los mausoleos solitarios.

Para el turco, cada uno de estos pájaros tiene un sentido raro ó una virtud benigna; las tórtolas protejen los amores; las golondrinas conjuran los incendios de las casas donde cuelgan su nido; las cigüeñas hacen cada año una peregrinacion á la Meca; los halcones llevan al paraíso el alma de los fieles. Casi se les protege y alimenta por gratitud y religion, y se les festeja dentro de las casas, en el mar y entre los sepulcros. Por todás partes de Stambul se ve uno circundado por gritos sonoros, que esparcen por la ciudad la alegría del campo y refrescan continuamente en el alma el sentimiento de la Naturaleza.

## LOS RECUERDOS.

En ninguna otra ciudad de Europa, los sitios y monumentos legendarios ó históricos conmueven tan vivamente la fantasía como en Stambul, porque en ninguna otra ciudad se recuerdan acontecimientos tan recientes, y al propio tiempo tan fantásticos.

En otro sitio, para encontrar la poesía de pasadas memorias, es preciso volver atrás con el pensamiento algunos siglos; en Stambul, basta retroceder bien pocos años. La leyenda, ó lo que tiene naturaleza y eficacia de leyenda, data de ayer.

Hace pocos años que en la plaza del Et-Meidan fué consumada la fabulosa hecatombe de los genizaros; no hace muchos que el mar de Mármara arrojó sobre la ribera de los jardines imperiales los veinte sacos que encerraban las bellas de Mustafá; que en el castillo de las Siete Torres fué degollada la familia de Brancovano; que dos *capigí-basci* cogían por los brazos á los Embajado-

res europeos, con suma alegría del Gran Señor, del cual no aparecía sino la mitad del rostro, alumbrado por una luz misteriosa; y que entre los muros del antiguo Serrallo, casó aquella vida tan extrañamente intercalada de amores, de horrores y de locura, que parece inmensamente alejada de nosotros.

Paseando por Stambul con estos pensamientos, se experimenta cierto sentimiento de estupor al ver la ciudad casi quieta, casi sonriendo de vegetación y de colores.

—¡Ah, pérfida!—se diría—¿qué has hecho de aquellos montes de cabezas y de aquellos lagos de sangre? ¿Es posible que todo esté tan bien escondido y lavado que no se encuentre la huella? Sobre el Bósforo, frente á la Torre de Leandro, que surge del agua cual monumento de amor, bajo los muros de los jardines del Serrallo, se ve todavía el plano inclinado por el cual se hacia rodar hasta el mar á las odaliscas infieles; en medio del At-meidan (1), la columna serpentina conserva todavía la huella del sablazo famoso de Mahomet el Conquistador; sobre el puente de Mahomet se señala todavía el lugar donde el fogoso Sultan mató con un hacha al dervis temerario que le arrojó en cara el anatema; en la cisterna de la anti-

(1) *At-meidan* ó *Et-meidan*, por ser la *a* y la *e* la misma vocal en árabe.

gua iglesia de Balukli, existen todavía los milagrosos peces que vaticinaron la caída de la ciudad de los Paleólogos; bajo los árboles de las Aguas Dulces del Asia, se señalan todavía las cuevas donde una Sultana disoluta imponía á los favoritos de un instante, un amor que terminaba con la muerte.

Todas las puertas, todas las torres, todas las mezquitas, todas las plazas, recuerdan un prodigio, un estrago, un misterio, una proeza del Gran Sultan ó un capricho de la Sultana; todo tiene su leyenda, y casi por todas partes los objetos vecinos, las vistas lejanas, el olor del aire y el silencio, concurren á llevar la imaginación del extranjero que se sumerge en aquellos recuerdos, fuera de su siglo, de la ciudad de hoy y de sí mismo: tanto, que ocurre á menudo en Stambul acudir de improviso una idea extraña, la de volver al hotel... ¿Cómo—piensa uno—hay aquí hoteles?